

EL MERIDIANO

Daniel Pérez Calvo

Mal de altura

Le pasa a la política en España igual que a otras artes: sobra profesión y falta oficio. Nuestra sociedad no necesita personas que aspiren a ser importantes; basta con que quieran ser útiles. Y ahí es donde se percibe y duele la ausencia de líderes capaces de generar esperanzas, en lugar de vender ilusiones. El caso es que dos semanas después de las elecciones del 26 de junio aún andamos a vueltas con el porqué de los resultados, en vez de centrarnos en cómo salir del atasco. Cuesta entender –a mí al menos– cuál es la causa objetiva y razonada por la que no se facilita formar gobierno, aunque sea en minoría, al candidato de la lista más votada, desde la legitimidad que confiere haber ganado unas elecciones. Conceder la venia no supone al fin y al cabo firmar un cheque en blanco. Muy al contrario, estamos ante el comienzo de una nueva etapa en la que nadie lleva de mano triunfos y brisacas suficientes para asegurarse la partida, tal y como ocurre cuando uno retoza a placer sobre mullidas mayorías absolutas o a merced de acuerdos de gobierno en los que, salvo sorpresas, la actividad parlamentaria suele ser coser y cantar, cuando no un paseo militar. Con 137 diputados de 350, al PP –o al que fuera– no le va a quedar otra que convenir con la oposición cada una de las propuestas que se tramitan en la Carrera de San Jerónimo. Donde antes actuaba el rodillo, quizás tos que ahora hincan la rodilla. Y no pasa nada. En eso consiste la política de nivel: en hablar, negociar, pactar, decidir y ejecutar; otra cosa es que no estemos acostumbrados: ni nosotros a verla, ni ellos a practicarla. Quienes aún se lamen las heridas tras un período convulso en el que la superioridad de escaños apenas dio alas al consenso deberían estar encantados ante la excepcional oportunidad de resarcirse y demostrar su talla como estadistas, gobernando incluso desde la oposición; que todo puede ocurrir. Es ahí donde se miden los políticos de fuste y altura; a no ser que elevare por encima del victimismo cansino y los personalismos produzca, además de vértigo, un insuperable miedo escénico, incompatible a todas luces con el ejercicio de esa democracia en estado puro, que con un poco de suerte nos puede deparar la próxima legislatura. La verdad es que ya iría siendo hora.

EL MIRADOR | Guillermo Fatás

Cumplirán bien

En la Academia General Militar, quien quiera ser teniente tiene, a la vez, que graduarse como ingeniero universitario. El jueves sale la segunda promoción que lo logra

El capitán De Carranza, de la LXII Promoción, vuelve de una misión en Oriente Medio en la que se ha desenvuelto en inglés. A sus 34 años, retoma en Zaragoza la tarea de profesor en la Academia General Militar y certifica a sus alumnos cuán útil le ha sido el exigente aprendizaje que en su día hizo en ella.

A cinco mil kilómetros de casa, coincidió con el teniente de Transmisiones Bonilla, de 26 años, recién graduado en la LXX Promoción de la 'General' (2015), la primera en la que los tenientes han sido además ingenieros civiles. Esta doble titulación cuesta, como poco, cinco años en los que no se regala nada. Ambos oficiales, destinados tan lejos, asumen libremente el riesgo de su misión.

Entre ellos hay bastantes diferencias, de origen, rango, edad y especialidad –el capitán es de Infantería– y no se han visto nunca. Sin embargo, se conocen bien. Comparten vivencias y un buen puñado de capacidades recibidas por los dos en Zaragoza que les están siendo de máxima utilidad: responsabilidad sobre los subordinados y ante sus mandos, liderazgo, previsión metódica, resiliencia, gestión del tiempo, capacitación técnica valiosa, cuidado minucioso del equipo, atención a los protocolos de seguridad –a menudo irritantes– y una compacta disciplina psíquica y física.

Las enseñanzas de cinco años de estudio se convierten, como de golpe, en un potente utilaje. Las reacciones al estímulo brotan, en forma casi refleja, de un aprendizaje bien interiorizado y con fuerte motivación vocacional. El capitán ya lo sabe y el teniente lo comprueba enseguida por sí mismo: es como le habían dicho en Zaragoza.



LOLA GARCÍA

El jueves se gradúan en 'la General' los tenientes de la LXXI Promoción. Pueden ser destinados a donde sea, porque cumplirán bien

Un treinta por ciento más

Un año con otro, ingresan en la Academia zaragozana trescientos candidatos. La mayoría han superado las pruebas de selectividad. Desde 2011, todos los cadetes son también alumnos de la Universidad de Zaragoza, donde se harán ingenieros en el Centro Universitario de la Defensa, adscrito al 'alma mater' aragonesa. El oneroso plan de estudios está, pues, bajo la doble disciplina del centro militar y del civil de Ingeniería, vecinos y coordinados, pero distin-

tos. Uno es castrense, dirigido por un general de brigada; y civil el otro, a cuyo frente hay un catedrático de universidad. Comparan el alumnado, no profesorado.

El experimento empezó hace cinco años y se ha consolidado: los jefes de los regimientos informan que los nuevos tenientes-ingenieros están rindiendo bien en sus destinos.

Cursar a la vez dos titulaciones superiores es disuasorio para quienes van solo a probar suerte o en busca de empleo estable. Esto no funciona así. El adiestramiento físico, por ejemplo, ocupa treinta y dos semanas completas en una carrera con trescientos setenta y ocho créditos: más de un tercio por encima de los doscientos cuarenta que tiene un grado ordinario. Es el precio académico que se pide a los futuros oficiales del Ejército y la Guardia Civil.

Cualquiera con experiencia en la docencia universitaria deduce la exigencia de esos planes, el nivel medio forzosamente alto de los escolares y –lo uno no se entiende sin lo otro– la vocación que los mueve a trabajar tan duramente.

La nueva enseñanza atrae a cadetes de otros países, que cursan aquí la carrera casi completa, cosa insólita hasta ahora: surcoreanos, saudíes, jordanos, tailandeses, colombianos, peruanos vienen a formarse militarmente a orillas del Ebro. Los cadetes franceses de Saint-Cyr y los norteamericanos de West Point intercambian semestres con los españoles. Se convalidan íntegros, por ser de nivel equivalente.

«Lo que aprendí en Zaragoza»

Las normas de conducta no solo hablan de valores clásicos, como el amor a España, la abnegación, el valor, el compañerismo, la disciplina, la subordinación al legítimo poder civil y la defensa de la Constitución. Las hay de aplicación general: ser exacto en la tarea, dar buen ejemplo a toda hora y, si hay que mandar o dirigir, asumir la responsabilidad con decisión y obrar con resolución. Podría resumirse así: cumple sin tacha y manda con competencia.

Cuando el teniente general Gutiérrez Mellado, tras el 23-F de 1981, oía elogios por su gallardía ante aquel abusón que lo encañonó y lo quiso tumbar en el suelo zancadilleándolo por la espalda sin lograrlo, respondía escuetamente: «Solo hice lo que aprendí en Zaragoza». Tenía casi setenta años, pero en el ánimo y en la memoria le bullía intacto 'el espíritu de la General', aprendizaje más de medio siglo atrás.

El jueves recibirán sus despachos los tenientes-ingenieros de la LXXI Promoción, la segunda surgida de la nueva enseñanza militar. Como los pioneros de la LXX, pueden ser destinados a donde sea, porque hay certeza de que cumplirán bien. Se han formado en Zaragoza, donde, aunque no todo sea lo mismo, lo principal permanece. Eso es adaptación. Era seguro que no sería fácil. Hoy se sabe que no ha sido imposible.

CUENTOS DE VERANO

/ Antón Castro

Del arte de de gobernar

1. Javier Lambán. El presidente de Aragón intenta hacerse notar. Es vehemente y poco reflexivo, o eso parece, y eso le lleva a caer en errores estratégicos reiterados y a ver la viga en el ojo ajeno antes, mucho antes, que en el propio. Se evalúa a sí mismo y se otorga un sobresaliente, con síndrome Cristiano Ronaldo. O sin pudor.

2. Líderes. Lambán tiene claro el

no a Rajoy de su partido y así se lo ha hecho saber a Sánchez, a la vez que le ha recordado que anteriores candidatos socialistas como Zetapé y Rubalcaba, tras la derrota, se fueron a casa. ¿Parecía o es una invitación a Sánchez a que se vaya? Lambán es afín a Susana Díaz, que ha perdido parte de su hacienda política en su propia casa. También ahí parece estar un poco fuera de foco o ver en el otro los defectos que no vio en él: Lambán perdió ante Rudi y por las alianzas, en concreto con Podemos, sobre todo, es presidente con automatrícula de honor, aunque viva y gobierne desde el centro de un volcán.

3. Mariano Rajoy. Ha sido un mal presidente de Gobierno. Ha he-

cho la vista gorda a la podredumbre y ha permitido que a su alrededor floreciese la corrupción y otros derivados de la infamia, como si él no hubiese roto un plato o una flor jamás. Decidió convertirse en holograma para gobernar. O quizá haya sido un visionario: intuyó que con menos se logra más y que el mejor discurso es el silencio. Y sí, lo logró: se ha agigantado algo desde el espejismo.

4. La realidad. Si en las anteriores elecciones la izquierda, agrupando sus votos, ganaba con cierta amplitud y sin mayoría absoluta, ahora los electores han castigado sus desacuerdos. Han castigado a Ciudadanos, ese incierto reino de Elsinor de derechas, a Podemos y al PSOE. El PSOE ha

pasado una diferencia de 33 votos a 52. Y ese es su drama. El PSOE está deslegitimado para gobernar por las urnas. Que se abra las venas en la intimidad, que purifique su sangre oscura, que inicie su reconstrucción desde el brillo de su historia, pero que no quiera hacernos más tonos a todos. Podemos padece su calvario de identidad. Ahora el PSOE está lejos del pueblo y no tiene proyecto ni, quizá, líderes.

5. Quietismo. Se abstenga o no el PSOE, por sentido de Estado y respeto a los españoles, ya está bien de que Rajoy siga esperando que los otros actúen por él y para favorecerlo. Quiere que se las den todas: es un quietista que aspira al gozo místico y humano.